

*sudor de tu frente comerá el pan*⁴. Eva, en cambio, cuyo pecado fue tanto más grave que, comparado con él, el de Adán ni el nombre merece de pecado, pues dice la Escritura: *Adán no fue engañado, sino que la engañada en la transgresión fue Eva*⁵; a Eva, digo, que fue la engañada y la que violó la ley de Dios y preparó el veneno para sí y para su marido, la condena Dios a mayor dolor, porque más penoso es éste que las labores del campo. *Multiplicaré tus dolores y tus gemidos en tus embarazos. Con dolores parirás tus hijos* (Gen., 3, 16). Nada de trabajos aquí, nada de sudores y miserias, sino tristezas, dolores y gemidos y el consiguiente tormento, tan grave y más grave aún, pesado y terrible que mil muertes.

3. Demuestra que nada hay más grave y terrible que la muerte. Aunque ¿qué cosa puede haber más terrible que la muerte? ¿No es, acaso, el mayor y más capital de todos los males humanos? ¿No es horrenda e intolerable y digna de llorarse con lágrimas de sangre? ¿No dijo ya San Pablo que es castigo de un atrozísimo delito? Porque a los sacrílegos que se llegan indignamente a los sacrosantos misterios y a la mesa adorable esta pena dice que les aguarda: *Por eso hay entre vosotros, dice, enfermos y débiles y mueren muchos*⁶. ¿Y este suplicio no lo imponen los legisladores todos por los más atroces crímenes? ¿Qué digo los legisladores humanos? El mismo Dios, ¿no señala esta pena para los que se hacen reos de los mayores delitos? ¿Y no fue, por ventura, el miedo a la muerte el que, contra la misma naturaleza, movió a aquel patriarca a entregar su mujer a la barbárica lascivia, inventando aquel cuento y suplicando a su esposa que obrase contra él en tan grave y trágico hecho? Y no le arredró el pudor y la vergüenza de dar la razón de aquella simulación casi teatral, sino que dijo: *Sucedará, cuando los egipcios te vean tan hermosa y de rostro agraciado, que me matarán a mí y a ti te reservarán para sí. Di, pues, te ruego, que eres hermana mía, para que yo sea recibido y salve mi vida por tu respeto*⁷. ¿Has visto qué miedo? ¿Has visto cuál sacude el pánico a aquel excelso y valerosísimo ánimo? ¿Has visto cómo quebranta el miedo a los mismos diamantes? Parentescos inventa, imponiendo a su mujer un nombre por otro y exponiendo a la cordera a ser presa de aquellos lobos. ¿Hay cosa más acerba para un marido que ver, y aun meramente sospechar, a su mujer deshonrada? Pues eso, y, lo que es aún más duro (pues no era mera sospecha, sino que intenta-

ba el mismo hecho), eso no sólo lo está viendo, sino que trabaja para que se perpetre, porque un sentimiento vencía a otro: al grave, el más grave, y al celo del marido, el terror de la muerte.

Y también aquel gran profeta Elías, por miedo a la muerte, sin otro motivo de recelo que la amenaza de aquella mujer intemperante y criminal, abandona su país y huye ⁸, y el que había cerrado el cielo y hecho tantos milagros no tuvo valor para sufrir una palabra de amenaza, sino que de tal modo invadió el pavor aquel ánimo excelso y levantado hasta los cielos, que después de tanta firmeza y confianza, después de haber hablado a los reyes con tanta libertad y haber dado muestras de tan gran valor, abandona de repente su patria y aquel pueblo por amor del cual se había arrojado, intrépido, a tantos peligros y emprende él solo un viaje de cuarenta días para irse a vivir a un desierto. Y es que es cosa horrenda, sumamente horrenda, la muerte. Viéndola estamos llegar a cada paso y arrebatarse hombres y más hombres, y, sin embargo, siempre nos impresiona y conturba, siempre nos consterna y aterra, porque, cuando menos pensamos ⁹, viene como ladrón ¹⁰ y roba y mata y saquea lo mismo los regios alcázares que las pobres cabañas. Y no vale, para consolarte y esforzarte, que medites y recapites cada día:

*Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.*

No amengua ni se envejece esta angustia con el tiempo, sino que conserva siempre su juventud y lozanía, produciéndonos cada día y cada momento un nuevo y terrible miedo. Y con mucha razón. Porque ¿quién no se consterna y aterra al ver a un hombre que ayer andaba por esas calles, que gobernaba su casa, árbitro de todos los negocios; que cuidaba de su mujer, y de sus hijos, y sus criados, y aun de grandes ciudades; que lanzaba amenazas y era el terror de toda la comarca; que imponía y quitaba a su talante los castigos y suplicios y llevaba a cabo mil empresas en ciudades y regiones enteras; al verle, repito, tendido de repente en una tumba más mudo que una piedra? ¿Y que mientras hombres sin cuento están llorando, sus más amigos deshechos en llanto y su mujer hiriéndose el rostro y mesándose los cabellos, rodeada de multitud de criadas que estremecen con sus alari-

dos la casa, él, sin embargo, nada sepa ni sienta? ¿Cómo no aterrarse, repito, al verlo todo de repente perdido? ¿Perdida la razón, el talento y el alma, la hermosura, la gentil frescura y tez de la cara y el movimiento de los miembros, y que a esto ha sucedido todo lo contrario y lo más feo y desagradable: el silencio, pasmo, corrupción, podredumbre, hedor, gusanos, polvo, ceniza, nada, completa disolución y ruina y convertirse por momentos el cuerpo en horrible vil y feo esqueleto?

4. **Más terrible es la tristeza que la misma muerte.** Y, no obstante, este mal, que considerado tanto en sí como en la apreciación de aquellos varones santos es tan grave y horrendo, no alcanza, ni con mucho, en la gravedad a la tristeza. Y por eso precisamente me he alargado tanto en ponderar su gravedad, para que entiendas cuán pesada cruz es la que llevas auestas, y, por lo mismo, el galardón, no ya igual a ella, sino mil veces mayor, que puedes esperar. Y para que veas cuánta verdad es lo que te digo, recurriré de nuevo a los que han experimentado este mal, a lo cual ya antes dirigí mi discurso. El pueblo de los hebreos, al llegar Moisés anunciándole que se acercaba el fin de su cautiverio, ni escucharlo siquiera quiso. Y ¿por qué? La razón la da el mismo legislador, diciendo: *Habló Moisés al pueblo, y el pueblo no quiso escucharlo por miedo y cobardía*¹¹. Estaban angustiados y abatidos por el agobio de excesivos trabajos que les hacían soportar los egipcios. Más aún: cuando Dios hizo a los judíos grandes amenazas por sus muchos delitos; después de amenazarles con la cautividad, el destierro en tierra extraña; después de la esclavitud, la peste y el hambre tal que llegaron a comer carne humana, les añadió aún esta pena: *Os daré un corazón melancólico y espantadizo, y ojos desfallecidos, y un alma consumida de tristeza*¹².

Pero ¿por qué me detengo en citar a los judíos, pueblo petulante, ingrato, carnal e irreflexivo, pudiendo aducir en mi favor a grandes y excelsos varones? Porque el colegio mismo de los Apóstoles, después de haber estado tres años en la escuela de Cristo y aprendido de él muchas cosas de la inmortalidad y otros divinos arcanos; después de haber hecho tantos y tan estupendos milagros, y haber visto a su Maestro realizar tantas maravillas, y haber conversado y comido con El a una mesa, y oído de su boca tan eximios discursos, y de haber sido instruidos en todo género de doctrina, luego que oyeron palabras de tristeza; los que antes no sabían separarse de él y de él estaban

pendientes como niños de pecho, sin cesar de preguntarle: ¿Adónde vas?, esos mismos de tal modo fueron presa de la tiránica tristeza, y fue tal la angustia que se apoderó de sus corazones, que no volvieron ya a hacerle esa pregunta. Por lo cual les reprendió Cristo, diciéndoles: *Habéis oído que voy a Aquel que me envió y vengo a vosotros, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Mas porque os he dicho estas cosas vuestro corazón se ha llenado de tristeza* ¹³. ¿No ves cómo la tiránica tristeza ha oscurecido el oro de la caridad y se ha cambiado su color bellissimo? (Tren., 4, I.) ¿Cómo se ha apoderado de sus corazones, sujetándolos a la más dura servidumbre?

También aquel Elías (porque no acierto a separarme de él), después que huyó y se apartó de Palestina, no pudiendo sufrir su acerba tristeza —que era muy grande su angustia, lo cual dio a entender el sagrado texto con estas palabras: *Se fue por donde le llevaba su imaginación*—, quiero que oigas lo que pidió a Dios en su plegaria: *Bástame ya lo que he vivido, pues no soy yo de mejor condición que mis padres* ¹⁴. Así es cómo aun lo más tremebundo que hay en la tierra, el colmo y remate de todos los suplicios, el más horroroso de todos los males, lo que es pena y castigo de todos los crímenes, lo desea ardientemente y se lo pide a Dios como si fuera el mayor de todos los beneficios y favores. ¡Hasta tal punto excede en terribilidad la tristeza a la misma muerte! Pues, huyendo de aquélla, viene a refugiarse en ésta.

5. Voy a explicarte, a propósito de esto, una cuestión, pues sé cuánto gustas de ver explicadas y resueltas estas cuestiones. ¿De qué cuestión se trata? ¿Cuál es la dificultad? Esta: si tenía a la muerte por menor mal que la tristeza, ¿por qué, para evitar la muerte, huyó de su patria y parentela? ¿Y por qué primero la huía y ahora la desea tanto? Por aquí entenderás cuánto excede a la muerte la tristeza; pues cuando no tenía otro temor más que el de la muerte, hacía todo lo posible por evitarla. Mas luego que asaltó su corazón la tristeza y conoció su fuerza y condición, que es morder, carcomer, consumir y causar intolerable tormento, entonces juzgó, por fin, que la cosa más grave y acerba de todas es más llevadera que la tristeza.

Asimismo, Jonás, huyendo de la tristeza, se refugió en la muerte y se la pidió a Dios con instancia, diciéndole: *Ahora, Señor, te ruego que me quites la vida, porque para mí es ya mejor morir que vivir* ¹⁵. Esto mismo indicó David en un salmo, escribiendo o en persona suya,

o de otros afligidos: *Enmudecí, dice, y humilléme y me abstuve de responder aun cosas buenas, con lo cual se aumentó mi dolor. Sentí que se inflamaba mi corazón, y en mi meditación se encendían llamas de fuego* ¹⁶, designando por aquel fuego el sentimiento de la tristeza, que es más acerbo que el mismo fuego. Por eso, no pudiendo ya sufrir sus heridas y dolores: *Solté, dice, mi lengua. ¿Qué es lo que dices? Di. También éste pide la muerte, diciendo: Ahora, Señor, hazme conocer mi fin y cuál es el número de mis días, para que yo sepa lo que me resta de vida* ¹⁷. Palabras diferentes, cierto, de las de Elías; pero que significaban lo mismo, porque lo que aquél dijo: *No soy de mejor condición que mis padres*, éste lo significó diciendo: *Dame, Señor, a conocer mi fin, para que sepa por qué tardaré aún en ir a Ti; esto es, por qué causa me han dejado aquí hasta ahora y tendré que resignarme a ir más tarde; por qué razón, habiendo desaparecido los otros de la escena de esta vida, he quedado yo aún aquí y se prolonga aún mi vida*. Y desea la muerte con tanto ardor, que, antes que llegue, desea saber siquiera su tiempo, porque aún esto le sirve de gran contento y alegría. De este modo, lo que en sí es tan horroroso, se hace deseable por el intolerable dolor de la tristeza y el fuego que consume su ánimo. *En mi meditación se encendían llamas de fuego*.

Los trabajos granjean coronas. Por tanto tú, que tantas y tan pesadas cruces estás llevando, debes esperar grandísimo galardón, multitud de premios, inenarrables remuneraciones, espléndidas y relucientes coronas por tan heroicos combates. Porque no sólo el bien obrar, sino también el sufrir los males con paciencia nos granjea grandes recompensas y premios amplísimos. Por eso voy a tratar ahora de este asunto, utilísimo para ti y para todos, que basta para aficionar los ánimos a sufrir y librarlos del desaliento en los trabajos, sures y calamidades.

Ya queda demostrado que la tristeza es la mayor de las calamidades y el colmo de todas ellas; resta comparar las otras virtudes como la paciencia en soportar calamidades, para que veas que no sólo a las virtudes, sino también al sufrimiento de calamidades le está preparado premio, y premio amplísimo, y a veces mayor a las calamidades bien llevadas.

Y si no llevas a mal, traigamos aquí como prueba a aquel fortísimo atleta de la paciencia, aquel que de ambas cosas fue maravilloso

ejemplar; aquel diamante, aquella roca incommovible que, aunque sólo vivió en la tierra de Hus, ilustró al mundo entero con el vivísimo resplandor de sus heroicas virtudes y comparemos con éstas sus calamidades, para que aparezca con claridad en qué fue más admirable, heroico e ilustre. *Patente, dice, estuvo siempre mi casa al peregrino, y seguro puerto fue a todo caminante*¹⁸. Más aún, de tal modo poseía sus bienes, que más eran de los pobres que suyos. *Ojos fui al ciego, dice, pies al cojo y padre era a los pobres; con suma diligencia me informaba de los pleitos de los desvalidos, de que no estaba enterado. Quebrantaba las quijadas de los malvados y les sacaba la presa de entre los dientes*¹⁹. *Si negué a los pobres lo que pedían; si burlé jamás la esperanza de la viuda; si comí solo mi bocado y no comió también el huérfano (pues desde mi infancia creció conmigo la misericordia...); si no hice caso del que estaba muerto de frío por falta de ropa, ni del pobre que estaba desnudo; si no me llenaron de bendiciones los miembros de su cuerpo al verse abrigado con la lama de mis ovejas; si alcé mi mano contra el huérfano, aún viéndome superior en el tribunal y amigo de los jueces, despréndase mi hombro de su coyuntura y quíebrese mi brazo con todos sus huesos.* (Job., 31. 1.6III).

¿No ves cuántas especies de benignidad y cuán varios puertos de limosna pronto siempre al socorro de los injustamente agraviados? ¿Ves cómo socorre a los necesitados, protege a las viudas y huérfanos, auxilia a los que padecen desafueros y es el terror de los injuriadores? Porque no se contentaba con ayudar de cualquier modo a los damnificados (cosa de muchos practicada), sino que trabajaba con tesón en favor de los pobres oprimidos, hasta conseguirles de los tribunales sentencia favorable. *Quebrantaba, dice, las quijadas de los malvados e injuriadores, oponiéndome como muro a sus conatos y manejos.*

Ni se comentaba tampoco con atajar injusticias humanas, sino que pasaba adelante su cariñosa solicitud y se extendía hasta los mismos defectos de la humana naturaleza, subsanándolos en lo posible con exquisita e inagotable caridad. Pues viéndose imposibilitado de restituirles sus miembros, suplía su falta sirviendo de ojos al ciego, pies al cojo, brazos al manco, y con su auxilio veían los ciegos y andaban los cojos, los mutilados y los paralíticos. ¿Qué cosa hay comparable con esta benignidad?

Bien conocidas te son otras muchas virtudes tuyas, que, por no

alargarme demasiado, sólo nombraré: su maravillosa modestia y templanza, y de qué manera, siendo con los malhechores tan vehemente y terrible —en lo cual era ciertamente admirable—, no obstante, era suave y manso y más dulce que la miel con todos los demás, pero especialmente con sus criados, que le mostraban su grande amor y cariño diciendo: *Quis det de carnibus cis ut saturemur?*²⁰. La Iglesia se sirve de estas palabras del libro de Job para expresar el ardiente deseo de sus hijos por alimentarse con el adorable cuerpo o carne del Salvador. Y en el lenguaje de nuestro pueblo hay una frase que puede servir de traducción a aquella: *Me los comería a besos*, con que una madre expresa su cariño a sus pequeñuelos. Pues si de sus criados era tan querido, siendo así que hay necesidad de tratarlos muchas veces con autoridad y con terror, ¿cuánto más lo sería de los demás hombres?

7. Después de haber pensado en ti tantas y tan relevantes virtudes, ven ya conmigo a contar el número de las calamidades que sufrió, y haciendo comparación, veamos cuándo alcanzó más gloria, cuando se ejercitaba en aquellas virtudes o cuando sufría acerbísimas cosas que le producían tan gran tristeza. ¿En cuál de esos dos tiempos fue Job más ilustre, cuando tenía abierta su casa a todos los peregrinos o cuando, arrasada aquella, no dijo ni una palabra de impaciencia, sino que se deshizo en alabanzas de Dios? Pues aquello era oficio de la virtud, esto de la paciencia. ¿En qué ocasión se mostró más ilustre, cuando ofrecía sacrificios por sus hijos y los avenía y reconciliaba entre sí, o cuando, sepultados entre las ruinas de su casa y arrebatados con un género de muerte acerbísima, sobrellevó este desastre con gran paciencia? ¿Cuándo brilló más su virtud, cuando abrigaba al desnudo con la lana de sus ovejas, o cuando, al darle la noticia de que, cayendo fuego del cielo, había consumido todos los rebaños con sus pastores, recibió de buen grado y sin turbarse tan gran calamidad? ¿En qué tiempo fue mayor, cuando gozando de buena salud, la empleaba en defender a los injustamente oprimidos y quebrantaba los atrevimientos de los malvados, arrancando de sus garras la presa y constituyéndose en puerto seguro de los afligidos, o cuando veía su cuerpo, refugio de los vejados, comido de gusanos, y sentado en un muladar, se ría él mismo la podre con una teja? (Job., 2, 8.). Pues todo aquello eran obras de virtud, esto padecimientos; y, sin embargo, esto le granjeó mayor gloria y esplendor, porque era la parte más recia y difícil de la pelea, y la que requería mayor fortaleza, magnanimidad y virtud. Y

por eso, cuando ejercitaba aquellas virtudes, aunque con gran descaro y malicia, todavía osaba reluchar el demonio, diciendo: *¿Acaso Job respeta y sirve de balde a Dios?*²¹. Más cuando vio tan altos ejemplos de paciencia, volvió la espalda, avergonzado, y se retiró, no encontrando ni sombra siquiera de contestación y descarada objeción que alegar. Esta es la corona cumbre; ésta la más alta cúspide de la virtud; éste el más claro argumento de fortaleza y valor; esto es lo sumo de la santidad. El mismo santo Job, queriendo significar cuánto más acerba es la tiránica tristeza que la muerte, deseaba ésta como descanso y la pedía como gran merced para librarse de aquella, diciendo: *¿Qué me diera que fuera otorgada mi petición, y me concediese Dios lo que tanto deseo, y el que comenzó a herirme acabase conmigo, dejase caer su mano y me cortara la vida?*²². ¡Tan cierto es que la tristeza es la más grave de todas las cosas! Pues cuanto más grave y costosa, mayor será también su galardón.

8. Cuán grande es el fruto de las calamidades. Ninguna virtud merece grande alabanza sin trabajo. A fin de que también por otra vía comprendas cuánto es el fruto de las calamidades, aunque uno no sufra por causa de Dios (nadie crea que en este punto hablo con hipérbole), con tal que las sufra con ánimo plácido y sereno, glorificando a Dios en todo, éste mismo no sabía que sufría estas cosas por Dios, y, sin embargo, recibió las coronas, porque, aun sin conocer la causa, sufrió con valor las calamidades.

También aquel Lázaro con su enfermedad (y eso que no padecía por Dios); sin embargo, no ignoras qué coronas ganó sufriendo con paciencia y fortaleza la carencia de médicos y enfermeros y la tristeza que le producían las úlceras, el hambre y los desprecios y crueldad del rico. Y, aunque no encontramos en él esclarecidas hazañas, ni compasión y misericordia con los pobres, ni socorro a los oprimidos, ni otra alguna obra de virtud, sino sólo que estuvo derribado a las puertas del rico, que estuvo enfermo, que lamían los perros sus llagas y, finalmente, que sufrió los menosprecios del rico, todo lo cual pertenece al padecer, sin embargo, aunque no presentó servicios de otras virtudes, por haber tolerado con magnanimidad aquella tristeza y sufrimiento, logró la misma suerte que el patriarca que había llevado a cabo tantas cosas. Añadiré también una cosa que, aunque parezca extraña al juicio humano, no obstante, es verdadera, y es que, aunque uno haga una

grande e insigne obra, si la hace sin trabajo, peligros y calamidades, no alcanzará por ella recompensa grande, porque *cada cual recibirá el galardón según su trabajo* ²³; no según la magnitud de las cosas que su valor haya realizado, sino según la magnitud de las calamidades soportadas. Por lo cual, al jactarse San Pablo, no se gloria sólo de haber realizado preclaras hazañas, sino de haber tolerado muchos males. Pues habiendo dicho: *Ministros de Cristo son (aunque me pongo a pasar por imprudente); más lo soy yo* ²⁴; queriendo probar con comparación cuánto más excelente era, no dijo: A tantos y tantos hombres he predicado, sino, omitiendo las hazañas que su gran valor había realizado, pasa a enumerar los males que había sufrido con estas palabras: *Pues me he visto en muchísimos trabajos, en más cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los Judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez apedreado; tres veces naufragué; estuve una noche y un día como hundido en alta mar a punto de sumergirme; en penosos viajes muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en poblados, peligros en despoblados, peligros en la mar, peligros entre los falsos hermanos; en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigiliass y desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; fuera de estas cosas o males exteriores, cargan sobre mí las ocurrencias de cada día, por la solicitud y cuidado de todas las iglesias* ²⁵.

9. ¿Ves qué serie de sufrimientos y ocasiones de gloriarse? Después añade las preclaras hazañas que realizó, y también en ella vale más lo que sufrió que lo que hizo. Pues habiendo dicho: *Mi afán cotidiano*; esto es, los apartamientos, tumultos y calamidades, añadió la solicitud de todas las iglesias; no dijo la corrección sino el afán y solicitud, que pertenece más al padecer que al obrar; y lo mismo en lo que sigue: ¿Quién enferme que no enferme yo con él? ¿Quién es encandalizado, o cae en pecado, que yo no me requeme? ²⁶. No dijo: ¿y yo no lo libré del escándalo?, sino ¿y no participé yo de su tristeza? Luego para indicar que estos pesares son los que alcanzan el galardón más principal, añade: Si hay que gloriarse de algo me gloriaré de aquello que es propio de mi flaqueza ²⁷. Y añade otra cosa del mismo género, aquella fuga que emprendió cuando le bajaron por la ventana en una espuerta, lo cual pertenece también a los padecimien-

tos. Si, pues, la paciencia tiene tan grande premio, y entre los sufrimientos es la mayor la tristeza, hazte cuenta qué galardón tendrá, porque no he de dejar de repetirte esta cantilena, para cumplirte lo que al principio te prometí; es decir, que la naturaleza misma de la tristeza había de sacar las razones que te consuelen en ella.

Hacer alguna grande hazana con sufrimiento es de más mérito que hacerla sin ellos. Y para que veas también por otra vía cuán gran cosa es juntar en los grandes hechos el hacer con el padecer, recuerda aquel babilonio Nabucodonosor, que empuñaba cetro y ceñía diadema cuando ejercitó en cierta ocasión el ministerio de evangelizar al Dios verdadero. Porque después del milagro del horno se hizo predicador del mundo entero no sólo de palabra, sino aún por cartas, escribiendo a todas las regiones del mundo en el tenor siguiente: *Nabucodonosor, rey, a todos los pueblos, tribus y lenguas que habitan en toda la redondez de la tierra, paz que vaya siempre en aumento. Los portentos y maravillas que ha obrado conmigo el Altísimo Dios quiero anunciaros, porque son grandes y estupendos; su reino es un reino eterno y su poderío permanece por los siglos de los siglos* ²⁸. Y dio un edicto mandando que todo pueblo, tribu o lengua que hablase contra el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago pereciese y fuesen arrasadas sus moradas; y añadió: *Porque no hay otro Dios que pueda salvar de esa manera* ²⁹. ¿No ves cómo amenaza en su carta? ¿No ves cómo aterra convertido en predicador sublime, difundido su edicto por todo el mundo? Pues dime ahora: ¿Qué recompensa recibirá? ¿Será igual a la de los Apóstoles, puesto que pregonó tanto el poder de Dios y puso tanto empeño en anunciar esta verdad a todo el mundo? No, por cierto, sino que será tu paga inmensamente inferior a la de los Apóstoles. Pues el ministerio ejercitado por uno y otros el mismo fue. Pero a él no le costó nada; no tuvo trabajo alguno, ni fue su acción acompañada de sufrimientos; por eso es menor la recompensa, porque éste hacía eso por su real poderío, sin riesgo ni peligro alguno; mientras que aquellos se vieron estorbados, arrojados, azotados, afligidos, precipitados, sumidos en el mar, pereciendo de hambre, con la muerte siempre al ojo, apenadísimos, requemados con las enfermedades y pecados de sus hermanos y abrasados de cualquier escándalo. Por esos trabajos, pues, y principalmente por sus pesadumbres, y aflicciones, se les concedió tan grande premio. *Cada cual*, dijo San Pablo, *recibirá su galardón propio según su trabajo* ³⁰, porque no dejaré de

repetirlo a cada paso. Por eso el benignísimo Dios, a los repetidos ruegos de Pablo para que le librara de sus calamidades, de la tristeza, del dolor y de los peligros, no quiso acceder en modo alguno. Tres veces (quiere decir muchas veces) supliqué al Señor que me librara, y no lo conseguí. Y, a la verdad, ¿qué títulos había de alegar en otro caso para pretender amplísimos premios? ¿Acaso por predicar sin trabajo, nadando en delicias, quieto y tranquilo? ¿Por abrir la boca y mover la lengua sentado en su hogar? Pues eso cualquiera lo hace, aun los más perezosos y los que viven en la disolución y el regalo. Mas ahora, por el contrario, va a recibir con grande confianza y alegría los premios y coronas de las heridas y las muertes de mil géneros de los viajes por mar y tierra, de sus tristezas y dolores. (*Por tres años no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros*).³¹.

10. Las calamidades de Olimpia. José, esclarecido por sus calamidades. Alégrate, pues, y regocíjate considerando la inmensa ganancia que trae consigo la vida dura y llena de trabajos; alégrate tú, que, continuamente atormentada de calamidades, has llevado desde tu niñez una vida fructuosísima y merecedora de innumerables coronas, porque nunca ha cesado de asediarte las enfermedades corporales, más terribles que mil muertes, y asaltarte un ejército de insultos, afrentas, calumnias y continuos dolores y manantiales de lágrimas. Cualquiera de estas cosas fue de tanto mérito a sus poseedores, que les proporcionó un inmenso premio. Pues el mendigo Lázaro sólo por su enfermedad consiguió la misma morada que el patriarca; y al publicano el injusto dicterio del fariseo le granjeó una justicia mayor que la del fariseo, y, finalmente, las lágrimas del Príncipe de los Apóstoles curando la llaga de su pecado. Pues si a éstos les bastó un solo sufrimiento para tan grande Paga, mira cuántas recompensas alcanzarás tú, que has padecido todas esas cosas juntas acerbísimamente y durante toda la vida. No hay cosa que tan glorioso y admirables haga a los hombres y los colme de tan grandes tesoros como las frecuentes tentaciones y pruebas, los peligros, trabajos, tristeza y perpetuos lazos y asechanzas, armadas precisamente por aquellos mismos de quienes menos podían aguardarse, con tal que se sufran de buen grado.

Así, nada hizo tan glorioso y feliz a aquel hijo de Jacob como

aquella calumnia que le levantó su ama, y las cadenas y la tenebrosa cárcel con todos sus horrores. Grande fue, ciertamente, su pudicia cuando venció la liviandad de la egipcia, rechazando a aquella miserable mujer, que le incitaba a un acto tan criminal³²; pero no fue esto de tanto mérito como lo que tuvo que padecer. Porque ¿qué alabanza es no haber cometido adulterio, ni manchado el ajeno lecho, ni injuriado a un hombre que tan bien había merecido de él, envolviendo en la infamia y la deshonra la casa de su señor? Lo que a él lo hizo ilustre fue el peligro, las asechanzas, el furor de aquella hiena, esclava de su torpe pasión; la violencia que le hacía, la inevitable cárcel del lecho que la adúltera le tenía preparada, las redes que por todas partes le había tendido, la calumniosa acusación, la cárcel, los grillos y cadenas, así como el no haberle hecho justicia, sino que, después de tan terrible lucha, por la cual merecía mil coronas, fue conducido a la cárcel como reo y criminal y encerrado con los mayores delincuentes, que habían perpetrado gravísimos crímenes, y sufrió allí con ellos el hedor y suciedad y aflicción de aquella tenebrosa cárcel. Para mí, más brilla y resplandece entonces que cuando, sentado en el trono de Egipto, repartía el trigo a los necesitados y era para los hambrientos hartura, puerto y ciudad de socorro para todo el mundo. Más esclarecido lo veo cuando lo aherrojaban esposas, grillos y cadenas, que cuando, vestido de púrpura, oro y pedrería, ostentó tan asombroso poderío. Porque aquel tiempo de la cárcel fue tiempo de negociar, tiempo de inmensas ganancias, y este otro, en cambio, fue tiempo de lujo, de reposo, de honores y de muchas delicias; pero de poco lucro y ganancia. Por eso no le admiro tanto cuando su padre le daba tantas muestras de aprecio como cuando le perseguía la envidia de sus hermanos, teniendo en cada uno de ellos un encarnizado enemigo. Porque ya desde niño comenzaron en su propia casa a hacerle cruda guerra, y, por cierto, enemigos que nada tenían que reprocharle, sino que se carcomían de envidia por la preferencia con que su padre lo miraba. Ciertamente Moisés afirma que estas preferencias traían origen no de la virtud del joven, sino de la época en que fue engendrado. Pues habiendo nacido después que los otros, siendo ya su padre muy anciano (que suelen amarse más los hijos nacidos cuando se ha perdido ya la esperanza de tenerlos), *por eso lo amaba su padre más que a los otros, por haberlo engendrado en su vejez*³³.

II. Mas esto, a lo que yo creo, escribió el legislador no describiendo la verdadera causa, sino la excusa y pretexto del padre. Porque viéndolo blanco de la fraterna envidia, para curar esta enfermedad, inventó una causa tal de aquella preferencia que no le crease gran odiosidad. Pues que no era esa la verdadera causa de la preferencia, sino la insigne y precoz virtud de José, bien claro se ve por Benjamín, puesto que, si aquella era la causa, mucho más debió amar a Benjamín, que era el menor, nacido después que José y engendrado en más avanzada edad. Sino que, como antes decíamos, inventó el padre este pretexto para aminorar el odio fraterno, aunque ni así pudo conseguirlo. Y, pues, que entonces no podían hacer otra cosa, echaron sobre él una fea mancha y acusáronle de una torpeza, anticipándose a la bárbara egipcia y mostrándose mucho más criminales que ella. Porque aquella calumnió a un extraño, éstos a un hermano. Y no paró aquí su maldad, sino que no cejaban nunca en su constante empeño de añadir agravios a agravios y cada día mayores injurias, y, cogiéndole solo en el desierto, decidieron matarle y lo vendieron como esclavo y con un género acerbísimo de esclavitud no a gente de su nación, sino a extranjeros y bárbaros de lengua extraña que iban a bárbaras regiones.

Y Dios, para que brillase más su virtud, permitía todo esto; sucedíanse peligros a peligros, pruebas a pruebas. Y Dios lo toleraba todo con su infinita longanimidad. Porque a la envidia y fea calumnia sucedió el tormento y al tormento la esclavitud, todavía más atroz. Y no pases de ligero lo que acabo de decir, sino recapacita cuán duro era para un joven noble, educado en la casa paterna con tanto gusto, condescendencia y amor de su padre, verse de repente vendido por sus hermanos sin haberles dado motivo alguno de resentimiento, y vendido a unos bárbaros de lengua extraña, y entregado a gentes feroces, más bien fieras que hombres, expulsado, desterrado. Era no sólo hombre libre, que jamás había conocido esclavitud ni yugo extraño, sino que, además vivía dichosísimo en casa rica y bien abastada, gozando en ella del amor y regalo de sus padres; y en un punto lo pierde todo; pierde su libertad y queda reducido a la más dura servidumbre; pierde toda su anterior felicidad y ventura y viene a caer en manos de cruellísimos amos, que le conducen a tierra extranjera y bárbara. Y no pararon aquí las desgracias, sino que, después de haber tenido aquellos maravillosos sueños de grandeza, que le auguraban la adoración de sus hermanos, en vez de esto no encuentra más que

lazos y más lazos, y precipicio sobre precipicio. Porque los mercaderes que lo compraron no lo retuvieron, sino que lo revendieron a otros peores y más bárbaros. No se te oculta cuánto sube de punto la calamidad con este cambio de amos y más amos; sobre todo cuando los compradores son extranjeros y cada vez más atroces. Condúcenlo luego a Egipto, a aquella nación enemiga implacable entonces del Dios verdadero, gente furiosa, descarada y de abobinable lengua, para vivir entre aquellos hombres, de los cuales bastó uno para hacer del gran Moisés un fugitivo y desterrado.

Y después de un breve respiro —porque el benignísimo Dios, que de modo tan asombroso y apartado del humano entender gobierna al mundo tuvo a bien convertir en cordero a aquella fiera que lo había comprado—, luego al punto se le prepara nueva arena, nuevos estadios, luchas, combates y sudores más duros aún que los pasados. Porque fue mirado con ojos criminales por su señora, que, vencida de su hermosura y gracia, perdidamente enamorada y presa del mal deseo, más que mujer, era una leona. Era éste un nuevo enemigo doméstico, pero de intención diferente y contraria a los anteriores, porque a aquellos los movió el odio a arrojarlo de su casa, a ésta la inflamaba el amor apasionado y el deseo del joven. Y la guerra no era una, ni doble, ni triple, sino múltiple. Y no creas que, por haber burlado de un salto las redes y cortado en un punto los lazos, no fue trabajosa esta lucha, porque tuvo que sudar y trasudar.

12. Y si quieres comprender bien esto, piensa lo que es la mocedad y la flor de la juventud. Porque en la flor de la juventud se hallaba, tiempo en que la sangre hierve, y son mayores las tempestades que la carne levante, y más débil la razón que las sosiega. Porque los ánimos juveniles no cuentan aún con gran caudal de prudencia, ni se cuidan de obrar siempre conforme a la virtud, sino que entonces es más atroz la tempestad de las pasiones y más flaca la razón que debe gobernarla y regirlas. A todo esto se añadía la gran desvergüenza de aquella mujer. Pues así como aquellos persas no daban paz a sus manos encendiendo con gran ardor el horno babilónico y suministrándole más y más combustible, y toda clase de materias inflamables, del mismo modo aquella mísera e infeliz mujer se propuso encender una llama más grave y peligrosa que el horno. Y así, perfumaba con mil aromas su cuerpo, se pintaba mejillas y ojos, tratando de enloquecer al joven con una voz lánguida y quebrada, con gestos, movimientos y

andares lascivos, con vestidos muelles y ostentoso alarde de oro y otros mil incentivos y engaños. Y como un cazador experto, para apoderarse de una astuta fiera, difícil de coger, emplea todos los recursos de su arte, así ella, bien persuadida de la virtud del joven (pues no podía ignorarla después de tanto tiempo), juzgó que para cautivarlo era preciso usar mil redes, y no dejó ninguna máquina lasciva por mover. Y, temiendo aún que ni todo esto bastaría, andaba afanosa pensando sin cesar cuál sería el tiempo y el lugar más a propósito. Por eso no le atacó luego al punto que se sintió apasionada, sino que esperó mucho tiempo, madurando esta secreta pasión y preparándose mucho, porque temía que, si se daba mucha prisa y alborotaba en la emboscada, se escapase la presa. Mas como cierto día le hallase solo en la casa, ocupado en sus ordinarias faenas, le puso una trampa más profunda, desplegando del todo las alas de la voluptuosidad, y, teniendo al joven enredado en sus lazos, se arrastró como siempre y, encontrándose sola con él solo (digo mal, que no iba sola, pues llevaba por compañeras la naturaleza y la edad (del joven) y sus máquinas propias), quiso obligar al generoso atleta a una acción indigna y criminal. ¿Qué tentación hay tan grave como ésta? ¿Qué horno, qué llamas tan vivas y vehementes? ¡Un joven en todo el vigor de su juventud, esclavo, desamparado de todos, sin pueblo ni familia, extranjero, desterrado, encontrarse asido por la capa y solicitado por los atractivos de su señora, mujer tan lasciva y furiosa, tan rica y poderosa, y en tan grande soledad —cosa que tanto influye en semejantes ocasiones— y conducido al lecho señorial, y esto después de tantos peligros y tantas asechanzas!. Porque no ignoras que los hombres, por lo común, cuando se hallan sumidos en las calamidades y abrumados de acerbísimos trabajos, si los invitan a una vida ancha, muelle y libertina, suelen acceder de muy buen grado. Mas no así él, sino que en toda ocasión mostró una paciencia y constancia inquebrantable. Yo, ciertamente, no tengo dificultad en llamar a este tálamo horno babilónico, lago de los leones de Daniel y vientre de la ballena, y más grave aún que todo esto, porque allí peligraba la vida del cuerpo, aquí la del alma y seguida de muerte sempiterna, calamidad suma sin remedio ni consuelo posible. Y no sólo por este título fue más grave y peligroso este trance, sino porque, además del dolo y la violencia, estaba rebosando provocativa lascivia y muchos grandes incendios, que abrasaban no el cuerpo sino la misma alma. Lo cual

atestigua también Salomón, que sabía muy bien cuán peligroso es el trato con mujeres casadas, y dice así: *¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno sin que ardan sus vestidos, o andar sobre las ascuas sin quemarse las plantas de los pies? Así, el que se pega a la mujer de su prójimo, en tocándola, quedará manchado* ³⁴. Quiere decir: Así como es imposible el que está en medio del fuego no se abra, así también lo es que el que está tratando con mujeres escape al incendio que de aquí proviene. Pues mucho más difícil es lo que éste hizo, porque no la tocó él, sino que fue detenido por ella, y cogido, y agarrotado estando solos, y eso viéndose oprimido de tantas desgracias, afligido de tantos atentados y deseoso de seguridad y descanso.

13. Y, sin embargo, en medio de tantos lazos y redes, y a pesar de verse atacado y desgarrado por tanta multitud de fieras, por el tacto, por la voz, por los ojos, por los afeites y cosméticos, por los zarcillos y arracadas y demás adornos de oro, por las esencias y perfumes, por los vestidos, por las acciones, por las palabras, por el tocado y adornos que en su cuerpo llevaba, por la soledad en que nadie podía verlo ni saberlo, por las riquezas y poderío, y teniendo, además, por compañeras, como antes dije, la edad, la naturaleza, la esclavitud y habitación en país extraño, todas esas llamas las superó y de todas salió ileso.

Yo afirmo y aseguro que esta tentación fue mucho más grave que la envidia de sus hermanos y el odio de sus parientes; más que la venta y el señorío de los bárbaros y los largos viajes y habitación en tierra extraña; más que las cadenas y las largas cárceles con todos sus horrores y miserias, porque el peligro que aquí corrió fue en cosas de la mayor y más capital importancia y trascendencia.

Después que escapó de este peligro y salió victorioso de esta guerra por la gracia de Dios y la virtud suya, también aquí sopló un viento fresco y refrigerante, porque era tan grande la paz de su alma y tal la abundancia de su candor y pudicia, que hasta procuró reprimir y aplacar a aquella furia, después, digo, de haber salido ileso, como aquellos niños escaparon de las llamas pérsicas –porque ni aun el dolor y vecindad del fuego percibieron (Dan., 3, 94), y brilló el gran atleta de la castidad más fuerte que el diamante. Veamos que fue lo que consiguió y qué premio le dieron en seguida. Nuevas injurias y atentados, nuevos abismos de malicia, y muertes y peligros, y calum-

nias, y odio inicuo y necio. Porque aquella infame mujer trató de consolar su amor desdeñado con un extremo acceso de furor, y a una pasión sigue otra pasión, y a los deseos impuros añade la criminal ira y venganza, y después de haber sido adúltera se hace verdugo. Y respirando descomunal fiereza, y mirándolo con ojos feroces y sanguinarios, forma un tribunal y coloca en él a un juez parcial y corrompido; es decir, al amo, a su propio marido, un bárbaro y además egipcio, y lo acusa de un crimen atroz, sin presentar testigo alguno. Y ni siquiera se le permite al reo ir al tribunal a defenderse sino que acusa a mansalva al ausente., fiada en la estulticia y benevolencia del juez, en su testimonio como si fuese fidedigno, y finalmente, en el estado de vil esclavitud en que se hallaba el acusado, y perforando su causa contra la verdad de lo acaecido, venció al juez, inclinándolo a sentenciar en favor suyo y a condenar al inocente, imponiéndole una pena gravísima; y luego al punto le prenden, le encadenan y encarcelan, y sin haber visto siquiera al juez es condenado aquel varón eximio, que merecía mil coronas, y, lo que es más grave, condenado como adúltero, como allanador del lecho de su amo y violador del matrimonio ajeno como convicto y cogido *in fraganti*. Porque la persona del juez y la acusadora y, en fin, la pena que luego al punto le aplicaron, hacía muy verosímil y creíble el crimen para los que no conocían la verdad.

Mas nada de esto bastó para turbar aquel ánimo excelso y hacerle decir: ¿En esto, por ventura han parado sueños de tanta dicha? ¿Es éste el feliz resultado de aquellas visiones? ¿Este el galardón de la castidad? ¿Un juicio precipitado y loco y una injusta e infamante sentencia? Como torpe e invertido me echaron poco ha de la casa paterna, y como adúltero y violador de mujeres me llevan hoy preso, y todos se creen con derecho a juzgarme y sentenciarme. Y mientras mis hermanos, que, según los sueños, debían rendirme adoración, gozan de libertad y viven seguros y dichosos en la casa de mi padre, yo en cambio, bajo cuya potestad y dominio habían de estar ellos, estoy aquí preso con ladrones y piratas y profanadores de sepulcros; y ni en el destierro me veo libre de borrascas y azares, sino que aun en país extraño tropiezo con abismos y agudas puntas. Y al paso que la inventora de la fábula y urdidora de la calumnia, merecedora por dos títulos del último suplicio, danza y triunfa, ostentando diademas y trofeos de victoria, yo, por el contrario, que en nada he delinquido,

sufro gravísimos castigos. Nada de esto dijo él, ni le pasó por el pensamiento; sino que, como el generoso atleta camina al triunfo hollando honras, así él estaba radiante de gozo y alegría, y con ánimo tan excelso, que ni se acuerda siquiera de las injurias recibidas de sus hermanos y de la adúltera. ¿Que de dónde consta esto? Por las palabras que dijo a uno de sus compañeros de prisión. Pues tan lejos estuvo de rendirse a la tristeza, que, por el contrario, él mismo la hacía desaparecer de los demás. Pues habiendo encontrado allí a ellos para averiguar la causa de sus temores, y viendo que procedían de ciertos sueños que habían tenido, los aquietó con sus interpretaciones. Y tratando luego con uno de ellos para que hablase al rey en su favor y le negociase la dotación (porque, aunque varón fuerte, animoso y digno de toda admiración, al fin era hombre, y no quería consumirse y acabarse en las prisiones); tratando, pues con él y rogándole que se acordase de él delante del rey y le persuadiese que lo sacase de la cárcel y viéndose obligado a mencionar la causa de su prisión, para que el intercesor tuviera un motivo plausible para alcanzar lo que deseaban, con todo, no quiso hacer mención de ninguno de sus injuriadores, sino que, una vez proclamada su inocencia, aquí se detuvo, sin nombrar a ninguno de los que le habían agraviado. *Porque yo, dice, furtivamente fui arrebatado de la tierra de los hebreos, y aquí, siendo inocente, fui metido en la cárcel* ³⁵.

¿Y por qué no haces mención de la meretriz, de la adúltera, de los fraticidas, de la envidia, de la venta, de la furia del ama, de su pasión, de su lascivia, de sus lazos y redes, de las máquinas, de las calumnias, del juicio inicuo, del juez cohechado, de la criminal sentencia y de la completa sinrazón de la condena? ¿Por qué callas y ocultas todo esto? Porque no quiero, dice, conservar memoria alguna de injurias, pues todas esas cosas son coronas y premios, y ocasión de mayores ganancias.

II. ¿Habéis visto cuánta sabiduría? ¿Has visto un ánimo libre de ira y más excelso, levantado y sublime que todas las celadas y todas las adversidades? ¿No lo ves cómo más bien siente la suerte de sus injuriadores que las mismas injurias? Porque por no nombrar a sus hermanos y a aquella fiera malvada y carnícera, dice: Furtivamente me arrebataron de la tierra de los hebreos, y aquí no he cometido culpa alguna. Ni nombra en parte alguna las personas, ni la cisterna, ni los ismaelitas, ni nada. Y, no obstante, tuvo que soportar aún una no

pequeña prueba. Porque aquel que de él recibió tan gran favor y, según se lo vaticinó, salió libre de la cárcel y fue restituido a su antiguo puesto, se olvidó del beneficio recibido y de lo que el varón justo le encargó y le suplicó. Y mientras el criado gozaba en el real palacio de gran felicidad y ventura, aquel que vencía en esplendor al mismo sol y lanzaba de sí tan claros y brillantes rayos de virtud, seguía encerrado en la cárcel y no había quien dijese una palabra al rey en su favor. Porque había que entregarle todavía más coronas y prepararle mayores palmas. Y por eso se fijaban más dilatados espacios a las carreras del valeroso atleta, y permitía Dios que durase aún la arena; pero sin abandonarle enteramente, aunque permitía a sus enemigos que siguieran manifestando y ejecutando sus dañados intentos; pero con tal medida que ni llegaban a la ruina del luchador, ni quitaba tampoco de en medio al impugnador de la virtud. Porque, aunque permitió que lo arrojasen a la cisterna y ensangrentasen sus vestidos, no los dejó que le quitasen la vida, sino que uno de sus hermanos sugirió aquel expediente; pero todo iba ordenado y dispuesto por la providencia divina. La cual intervino también en el negocio de la mujer egipcia. Porque dime: ¿Cuál pudo ser la causa de que un hombre tan feroz y desalmado (porque ya sabes la condición y proceder de los egipcios) que este hombre furioso e iracundo (que también este vicio los domina de un modo increíble) no traspasara al punto con su espada o arrojara al fuego a un hombre adúltero e injusto forzado de su esposa (que por tal lo tenía a él), sino que, a pesar de ser tan precipitado e inconsiderado en el juzgar, que sentenció al arbitrio de una de las partes, sin dar lugar a defenderse al acusado, no obstante todo esto, al tiempo de imponer el castigo dio tales muestras de humanidad y clemencia, y esto cuando estaba viendo a su mujer rabiando de ira y hecha una furia quejándose de que había querido forzarla y mostrando, exasperada, los vestidos rotos entre llantos y lamentos? Y, sin embargo, nada de esto le inflamó hasta perpetrar el homicidio. ¿Qué es esto, dime; qué es esto? ¿No es cosa evidente que andaba aquí el dedo de Dios y que aquel que cerró las bocas de los leones y quitó su ardor al fuego del horno babilónico amortiguó también la desmedida ira e indignación de esta fiera para que usase de moderación y rebajase la pena? Y en la misma cárcel son también de notar estos efectos de la divina providencia, porque, si bien permitió Dios que fuese encerrado en ella y tuviese allí por compañeros insig-

nes criminales y facinerosos, libróle, sin embargo, del rigor y crueldad del alcaide (bien sabes la condición dura y cruel de los carceleros), pues, no obstante, era con él tan suave y benigno, que no sólo lo libró de todo trabajo, sino que lo puso al frente de todos los reclusos, y eso que lo había recibido en la cárcel como criminal y adúltero insigne, puesto que aquel atentado lo había cometido contra una casa y familia muy ilustre, y en aquel país, grande y espléndido. Pero nada de esto lo conmovió, ni lo decidió a tratarlo con acerbidad y dureza. Sino que a un mismo tiempo, por medio de las calamidades, se le iban tejiendo al varón justo las coronas, y el auxilio divino corría para él abundantísimo.

Más largo aún quería escribirte; mas como lo escrito excede ya mucho las medidas de una carta, aquí doy fin, rogándote lo que nunca cesé de pedirte: que deseches la tristeza y —lo que siempre has hecho y continuas haciendo— no ceses de ensalzar la gloria de Dios y darle gracias por todas estas molestias y tribulaciones. Porque de este modo alcanzarás muy grandes bienes, darás al diablo un golpe mortal y a mí un grandísimo consuelo, y podrás deshacer y lanzar muy lejos la nube de la tristeza y gozar de una tranquilidad completa. No vivas, pues, desanimada, sino que, libre ya y apartada de ese humo —pues, si quieres, toda esta tristeza la dispararás más pronto que el humo—, escríbenos de nuevo acerca de esto, a fin de que, apartados muy lejos de ti, gocemos, no obstante, del consuelo de tus cartas.

-
- | | |
|-----------------------|------------------------|
| 1. Jn., 15, 22. | 19. Job., 29, 15, 17. |
| 2. Mt., 23, 37, 38. | 20. Job., 31, 31. |
| 3. Amos., 8, 9. | 21. Job., 1, 9. |
| 4. Gen., 3, 19. | 22. Job., 6, 8. |
| 5. I Tim., 2, 14. | 23. I Cor., 3, 8. |
| 6. I Cor., II, 30. | 24. 2 Cor., II, 23. |
| 7. Gen., 12, 12, 13. | 25. 2 Cor., II, 23-28. |
| 8. 3 Reg., 19. | 26. Ibid., v. 29. |
| 9. Mt., 24, 44. | 27. Ibid., v. 30. |
| 10. Apoc., 3, 3. | 28. Dan., 3, 98-100. |
| 11. Exod., 6, 9. | 29. Ibid., v. 96. |
| 12. Deut., 28, 75. | 30. I Cor., 3, 8. |
| 13. Jn., 16, 5, 6. | 31. Act., 20, 31. |
| 14. 3 Reg., 19, 3, 4. | 32. Gen., 39. |
| 15. Jon., 4, 3. | 33. Gen., 37, 3. |
| 16. Ps., 38, 2-4. | 34. Prov., 6, 27-29. |
| 17. Ib., v. 5. | 35. Gen., 40, 15. |
| 18. Job., 31, 32. | |

CARTA IV

Escribióla en el invierno del año 407 en Arabiso, adonde había sido trasladado desde Cucuso, y empieza “A causa de lo crudo del invierno y de la debilidad de mi estómago, no hay por qué vivas consumida de cuidados... porque, contando con los rigores del clima, nos precavemos con mil reparos, usando mucha ropa, con el fuego perpetuamente encendido y resguardados de la interperie.” Le pondera la eficacia de un remedio y le pide que le envíe más. Aquí nos enseña el Santo lo mucho que vale la enfermedad llevada en paciencia y el cuidado que hemos de tener a la salud recurriendo a buenos médicos y medicinas. Dícele que está mejor que el invierno anterior. La anima a sufrir con paciencia la enfermedad, diciéndole que este género de paciencia es el que más merece, más que la pérdida de hacienda, patria, hijos, y lo prueba con el ejemplo de Job (Job., 2, 8), que amplifica. Vale más que sufrir burlas aunque esto cueste mucho (Jer., 15). “Pero no vayas a creer que puede servirte de justa excusa para desear morirte el que Job deseara la muerte para librarse de la enfermedad, porque a nosotros, que vivimos en la ley de gracia, se nos exige más que antes, pues tenemos los ejemplos de Cristo y su gracia más abundante. Si no abundare vuestra justicia más que la de los fariseos, etc.” (Mt., 5, 20); Filip., I, 23, 24). Con sola la paciencia en su enfermedad mereció Lázaro ir al mismo sitio que Abraham (Luc., 16). Ella expía las cul-

pas: el incestuoso de Corinto (I Cor., 5, 5) y las comuniones sacrílegas (I. Cor., II, 27-32). Acrecienta los méritos y coronas de los justos (I. Tim., 5, 23; 2. Cor., 12, 7 8).

Dícele que la enfermedad no es ociosidad, sino gran mérito, y que no se apena por su ausencia, que aún le verá. Envíale dos tratados: I, "Que nadie que no se dañe a sí mismo puede recibir daño de otro." 2.^o "A los que se han escandalizado por las adversidades acaecidas, y por la persecución y la perversión de muchos sacerdotes." Este último es mucho más largo; en él hace una estupenda apología de la divina providencia. Prueba muy prolijamente que no hemos de ser escudriñadores de los consejos de Dios, cuyas obras son siempre laudables, aunque a primera vista no nos lo parezcan.

Alegraos también de mi buen estado de salud, así como nuestros enemigos se alegran de lo contrario." Dice que le ha causado gran pesar lo acaecido al monje Pelagio, que muchos dicen que es el heresiarca.

A causa de lo crudo del invierno, la debilidad de mi estómago y las correrías de los Isauros, no hay por qué vivas consumida de cuidados y continuos afanes. Cierto que el invierno ha sido crudo, como de ordinario, en Armenia, y huelgan ponderaciones; pero a mí no me ha causado incomodidad notable. Porque, contando con los rigores del clima, nos precavemos con mil reparos: teniendo el fuego encendido a la continua, resguardando por todas partes la habitación en que vivimos y usando mucha ropa, mantas, alfombras, y tapices y permaneciendo quietos en casa. Lo cual, si bien nos causa alguna molestia, es tolerable por el bienestar que nos proporciona, pues mientras estamos en casa no nos atormenta mucho el frío; pero, si tenemos necesidad de salir y pasar por la interperia, luego nos resentimos mucho. Por lo cual te pido y te suplico como un gran favor y una muy grande gracia que pongas gran cuidado y diligencia en despedir las enfermedades corporales. Porque la tristeza causa también enfermedad. Mas cuando también el cuerpo está consumido de trabajos y debilitado por las enfermedades; cuando yace descuidado, sin valerse de médicos y medicinas, de buenos temporales, de alimentos y de todo lo que necesita, hazte cuenta lo que con esto aumentan los peligros y los males. Por lo

cual te ruego que consultes médicos varios y peritos y uses de medicinas a propósito para curar esas enfermedades. Yo, sintiendo, hace unos días, por el mal tiempo, amagos de bascas, usando algunos remedios, y en especial aquella medicina que me envió mi distinguidísima y dignísima señora Sinclética, tres días bastaron para corregir este achaque. Te aconsejo pues y te suplico que te medicines y procures que nos envíen de nuevo ese medicamento, pues, habiendo sentido de nuevo el estómago malo, recurrí a él, y al punto sentí alivio. Porque cura las inflamaciones del estómago y la destilación de los bronquios, y dotado como está de un calor notable, comunica extraordinario vigor y abre el apetito. Pocos días bastaron para que conociéramos en él esta virtud. Procura, pues, que mi señor, el conde Teófilo, digno de toda veneración y respeto, se digne preparar y enviarnos otra vez ese medicamento. Y no pases fatiga por verme yo obligado a pasar aquí otro invierno, pues estoy este año mucho mejor y con más fuerzas que el pasado. Y si tú empleases las precauciones y diligencias convenientes para curarte y mirar por tu salud, sin duda lo pasarías mucho mejor.

Mas pues dices que el origen de tus enfermedades es la tristeza, ¿por qué me pides nuevas cartas, no habiendo sacado fruto alguno de las pasadas para alegrar tu ánimo, antes de tal manera te han sumergido las olas de la tristeza, que desees emigrar de esta vida? ¿Ignoras, por ventura, cuán grande paga está preparada para las almas que reciben la enfermedad con acciones de gracias? ¿No te he dicho mil veces esto ya de palabra, ya por escrito? Mas como la multitud y ajetreo de los negocios, o la calidad de tu enfermedad, o las frecuentes adversidades, acaso no dejarán que te acuerdes y tengas siempre en la memoria lo que te tengo dicho, óyeme de nuevo cantar a las úlceras de tu tristeza la misma cantilena: *Porque escribir las mismas cosas, dice, a mí no me es molesto, y para vosotros es provechoso* ¹.

2. Nada más glorioso que la paciencia, ni más acerbo que la enfermedad. ¿Qué es, pues, lo que digo y escribo? Nada hay, Olimpia, para alcanzar alabanzas y glorias, nada hay que compararse pueda con la paciencia en sufrir enfermedades. Porque ella es principalísimamente la reina de las virtudes y la corona cumbre; y, así ella aventaja a todas las virtudes, así dentro de ella este género de paciencia excede con mucho a todos los otros. Quizás no parezca claro lo

que digo. Voy, pues, a explicar y declararlo. ¿Qué he dicho, pues? Que no el ser despojado de la hacienda, aunque se pierda toda entera; no el ser deshonrado; no el ser echado de la patria, y condenado a cruel destierro y a trabajos forzados; no el ser recluido en dura cárcel y cargado de cadenas; no las afrentas y oprobios; no las burlas y befas. Y no creas que es este pequeño género de paciencia; si no, mira aquel tan insigne y eximio varón, Jeremías, cuánto sintió esta prueba²; no la pérdida de los hijos, aunque los arrebate a todos juntos una muerte repentina y violenta; no los repetidos insultos de los enemigos, ni otras semajantes desgracias; no, finalmente, la muerte misma, que es el colmo de las molestias y acerbidades; pues, a pesar de ser tan formidable y horrenda, no es tan grave y acerba como la enfermedad del cuerpo. Testigo aquel sumo atleta de la paciencia, Job, que, luego que cayó enfermo, juzgó a la muerte cosa deseable como libración de los males que aquí nos oprimen, y habiendo padecido tantos géneros de tormentos, parecía insensible y fuerte como un yunque, recibiendo los mil golpes que de todas partes le asestaban; recibiendo, digo, una serie de calamidades que se sucedían unas a otras sin cesar y la última acerbísima y mortal. Porque no se ha de pasar de largo, sino que es muy de considerar la suma astucia y perversidad del adversario que lo combatía, que no le atacó con esta mortífera llaga cuando estaba todavía fuerte y vigoroso antes de emprender los combates, sino cuando estaba ya herido y acabado con los continuos golpes, y esto tan pesadamente y con tal acerbidad, que oprimió con muerte violenta y repentina a todos sus hijos de uno y otro sexo y en temprana edad, y el mismo modo de aquella súbita ruina les sirvió de sepulcro. Y ni siquiera le fue dado al padre verlos en sus lechos, ni besar sus manos, ni recibir sus últimas palabras, ni juntar sus moribundos labios y cerrar sus ojos, cosas que sirven a los padres de no poco consuelo al apartarse de sus hijos; ni, enviados unos al sepulcro, encontró en su casa otros cuya vista amenguase la pena de la pérdida de los otros, sino que en medio de un banquete, y banquete, por cierto, no de orgía y embriagueces, sino sazonado por la caridad y en una mesa preparada por el amor fraterno, recostados sobre sus cojines, oye que han quedado sepultados y soterrados, mezclado todo entre ruinas, la sangre, la casa, las ropas, el techo, la mesa, el polvo y los miembros de sus hijos. Y, sin embargo, al oír tan terrible catástrofe y otras también antes muy graves y acerbas, porque un fatal mensaje le anunció que

sus rebaños de ganado menor y mayor habían perecido, parte abrasados por el fuego del cielo, parte robados por sus enemigos, otros degollados y matados junto con los pastores; al oír, digo, tempestad tan deshecha desencadenada en un momento y que se agolpaban olas sobre olas, y continuos escollos, y negros nubarrones e intolerable marejada, no pierde su serenidad, ni se deja abrumar de la tristeza, ni le hacen apenas mella tan terribles golpes, sino solamente como hombre y padre que era.

Mas cuando la enfermedad le hizo presa y vio su cuerpo cubierto de llagas, luego comenzó a desear la muerte y prorrumpió en llantos y lamentos. ¿Qué nos enseña esto? Que esta adversidad es la mayor de todas y lo sumo de la paciencia. No ignoraba esto el perverso enemigo, y por eso, viendo que en todas aquellas pruebas permanecía tranquilo e impertérrito el valeroso atleta, recurrió a este combate como el mayor de todos, echando en él el resto de su artillería, porque juzgaba tolerables todos los males, aunque pierda uno todos los hijos, los bienes y todas las cosas —porque esto dio a entender con aquellas palabras: *Piel por piel*³—, y entonces es, por fin, mortal la ofensiva, cuando queda el cuerpo acribillado de llagas y dolores. Por eso, al verse también derrotado en este postrer combate, ni a abrir la boca se atreve, cuando antes tan audazmente acometía y resistía. Aquí cesa ya su osadía, y ni una palabra se le ocurre, sino que emprende vergonzosa y precipitada fuga.

3. Pero no vayas a creer que puede servirte de justa excusa para desear morirte que, no pudiendo él tolerar la violencia y acerbidad de los dolores, se desease la muerte. Porque has de considerar el tiempo y el estado de cosas en que se hallaba él cuando tanto lo deseaba; esto es, antes que hubiese ley ni profetas, ni abundase, como hoy, la gracia y careciendo de otros divinos auxilios (como los ejemplos y enseñanzas de Cristo). Pero que a nosotros se nos exija más que a los que entonces vivían y nos aguarden mayores combates, oye cómo lo enseña Cristo: *Si no fuera vuestra justicia más llena y perfecta que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*⁴. Por lo cual no creas que carece hoy de culpa el desear la muerte, sino oye esta voz de Pablo: *El verme libre de las ataduras del cuerpo y estar con Cristo es, sin comparación, mejor para mí; pero, por otra parte, el permanecer en esta vida es necesario por vosotros*⁵. Cuanto más graves son las calamidades, son también mayores las coronas; cuanto

más se caldea el oro en el crisol, tanto más puro queda; cuanto más lejos navega el comerciante, tanto mayor es la cantidad de mercancías que atesora. Y así, no creas que el combate que ahora te aguarda es cosa baladí, sino el más alto y sublime de todos; hablo del que consiste en la falta de salud corporal. Pues a Lázaro –que, aunque otras muchas veces te he traído este ejemplo, no hay inconveniente en citarlo de nuevo aquí–, a Lázaro, digo, esto le bastó para la salvación (Luc., 16); pues por esto se fue al seno de aquel cuya casa estuvo siempre abierta a todo peregrino, y que, por obedecer al divino mandato, estuvo siempre expatriado y llegó a punto de sacrificar a su hijo único, habido en su vejez de su principal mujer; y 61, no obstante, que no había hecho a Dios ninguno de estos insignes obsequios, sólo por haber soportado gustoso la enfermedad y la pobreza, y la privación de valedores, mereció tan gran apremio. Porque es tan grande este bien para los que llevan la enfermedad con ánimo esforzado y generoso, que, si da con un hombre que se ha hecho reo de grandísimos delitos, en un momento lo libra de esa gravísima carga. Porque es para los justos una esplendente corona incomparablemente más fúlgida, que los rayos del mismo sol, y para los que han caído en pecados es la mejor expiación. Y por esta razón, a aquel que había violado el matrimonio de su padre y contaminado su lecho entrégallo Pablo a los padecimientos del su cuerpo, purificándolo de esta manera. Pues que con eso quedase expiada tan gran culpa. óyelo a él mismo, que dice: *a trueque de que el alma sea salva en el día de Nuestro Señor Jesucristo* ⁶. Aún más echando en cara a otros un crimen sumamente horrendo; esto es, el sacrilegio de los que participan indignamente de la mesa sacrosanta y de los arcanos misterios, y habiendo dicho que el que cometiera tan gran pecado se hacía reo del cuerpo y de la sangre del Señor ⁷, mira de qué manera dice que quedarán purgados y limpios: *Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerza* (ibid., v.30). Y dando luego a entender que no duraría siempre aquel castigo, sino que de allí sacarían gran provecho; es decir, librarse de este modo de los eternos tormentos que por sus pecados merecían, añadió: *Porque si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, no seríamos así juzgados por Dios. Si bien, cuando lo somos, el Señor nos castiga como padre, a fin de que no seamos condenados juntamente con este mundo* ⁸.

Pues ahora que también aquellos que se han distinguido por su

virtud y han hecho a Dios grandes servicios reporten de la enfermedad muy grandes frutos, vese muy claramente ya por Job, que sacó de aquí doble esplendor; ya por Timoteo, que, a pesar de hallarse muy lejos de todo vicio y de haber dado tan buena cuenta de un ministerio de tanta importancia, recorriendo el orbe con Pablo, estuvo sujeto a la enfermedad no dos o tres días, ni diez, ni veinte, ni ciento, sino mucho más, y muy de ordinario vivía lleno de achaques y falto de fuerzas corporales, como lo indicó el mismo Pablo con estas palabras: *Usa de un poco de vino a causa de la debilidad de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades* ⁹. Y no quiso sanarlo aquel que resucitaba los muertos, sino que lo dejó que fuese probado en el crisol de la enfermedad, a fin de que atesorase en ella grandes riquezas de amplísima libertad y confianza. Porque las mismas lecciones que había oído y aprendido del Señor, esas enseñaba él a sus discípulos. Pues aunque él no cayó enfermo, lo atormentaron las tentaciones más que a otros las enfermedades, dándole de bofetadas y causando a su carne gran tormento. *Se me ha dado, dice, el estímulo o aguijón de mi carne, que es como un ángel de Satanás para que me abofetee* ¹⁰, significando, por esas palabras los grillos y cadenas, las cárceles y el ser arrastrado y despedazado y azotado muchas veces por los sayones. Por lo cual, no pudiendo sufrir los dolores que estos tormentos causaban a su cuerpo, decía: *Por esto he suplicado al Señor tres veces* (esto es, muchas veces) *que me librase de este estímulo* ¹¹. Pero no habiéndolo conseguido y viendo que todo aquello era de grandísimo provecho, se aquietó y se llenó de gozo.

Que la enfermedad no es ociosidad. El Crisóstomo cree que va a volver del destierro; su estancia en Armenia. Tampoco tú creas que por hallarte retirada en tu casa y postrada en cama llevas vida inútil y sin provecho. Pues más grave y más atroces tormentos están soportando que aquellos a quienes los verdugos arrastran, desgarran, martirizan y matan con horrendos suplicios, porque esa acerbísima enfermedad es para ti un terrible enemigo interior y doméstico.

4. Siendo esto así, guárdate de desearte la muerte y de abandonar el cuidado de tu cuerpo, porque no es eso lo que te cumple. Por eso encarga Pablo a Timoteo que sea diligente en cuidar de su salud.

Y de la enfermedad ya basta. Mas si el estar lejos de nosotros es causa de tu enfermedad, ámate, que mi destierro tendrá buen fin. Y no lo digo por consolarte, sino que lo tengo por cosa cierta. Pues si así

no hubiera de ser, tiempo ha, si no me engaño, que habrían acabado conmigo las calamidades pasadas. Porque, aparte lo que en Constantinopla sufrí, ya puedes figurarte qué tragos pasé después de mi salida en tan largo y penoso viaje, capaces muchos de ellos de causarme la muerte; cuánto sufrí después que aquí llegué; cuánto en mi viaje desde Cucuso; cuánto, en fin, desde mi estancia en Arabiso.

Pues a todo esto hemos escapado, y gozamos ahora de excelente salud y seguridad completa; tanto que los armenios se espantan de que yo, de cuerpo tan delgado y tan débil, pueda aguantar un frío tan intenso e intolerable que, aún a los mismos que están avezados a él, les causa muy gran molestia. Pero nosotros, hasta el presente, estamos sanos y buenos y libres de las manos de los forajidos, cuyas acometidas hemos tenido que sufrir muy a menudo, y eso que nos falta hasta lo más necesario, y ni siquiera podemos tomar baño. Cuando estábamos ahí necesitábamos usarlo con frecuencia; ahora ya hemos llegado a habituarnos de manera que ni se nos ocurre desear esos alivios, y gozamos de tan buena salud que no tenemos necesidad de ellos. Y ni la dureza del clima, ni la soledad del lugar, ni la carestía de víveres, ni la falta de enfermeros, ni la impericia de los médicos, ni la penuria de baños, ni la perpetua reclusión en nuestra morada como en un ergástulo, privados del paseo que tanto necesitamos; ni la perpetua atmósfera de fuego y humo, ni el continuo asedio ni otras semejantes penalidades han logrado quebrantarnos y postrarnos, sino que disfrutamos de mejor y más completa salud que cuando ahí estábamos; eso sí, tomando las debidas precauciones. Teniendo, pues, en cuenta todas estas cosas, arroja lejos de ti toda la tristeza que a causa de ellas te acongoja y cesa de atormentarte a ti misma con tan vanos y graves pesares.

Ahí te envío con ésta un tratado que acabo de escribir, y tiene por título: *Que ninguno que no se dañe a sí mismo puede recibir daño de otro*; éste es el blanco y el fin de ese discurso. Por tanto, léelo con frecuencia, y aún, si la salud te lo permite, apréndelo y recítalo, que en él tienes una medicina eficacísima si quieres usarla. Mas si te resistes, pertinaz, y ni te cuidas ni te animas a salir del abismo de la tristeza, a pesar de tantos consejos y exhortaciones, tampoco nosotros seremos fáciles en complacerte, ni accederemos a seguir escribiéndote largas cartas, ya que han de ser de ningún fruto y provecho. Mas ¿de qué modo sabremos esto? No por tu sólo dicho, sino cuando lo prue-

ben los hechos. Decías que esta enfermedad provenía de la tristeza; pues que así lo confieras tú misma, si no recobras la salud, no podrás hacernos creer que has desechado la tristeza. Pues siendo esta la causa de la enfermedad, como tú misma escribes, no hay duda alguna que, quitada ella, se quitará también la enfermedad, y arrancada la raíz, perecerán a una sus ramas. Pues mientras, florecientes y llenas de vida, sigan dando tan amargos frutos, no podrás persuadirnos que está libre de la raíz. Por tanto, no me vengas con palabras, preséntame obras; y si recobras la salud, recibirás de nuevo cartas más largas que discursos.

Y no has de tener por leve motivo de consuelo el que aún vivimos, que gozamos de perfecta salud y que, a pesar de hallarnos aquejados de tantos achaques y molestias y en tan difíciles circunstancias, nos hallamos libres de enfermedad y del mal estado de salud, lo cual, según he sabido, ha causado gran tristeza y malhumor a nuestros enemigos. Razón de más para que vosotras lo tengáis por el mayor consuelo.

A tu congregación, que ahora, a causa de las persecuciones y calamidades que sufre, está más firmemente escrita en los cielos, no la llares desamparada y abandonada.

Gran sentimiento me ha causado lo del monje Pelagio . (Hay quien cree que habla del heresiarca.) Mira, pues, de cuántas y cuán valiosas coronas son dignos los que han perseverado con fortaleza en la lid, viendo arrebatados y engañados por el enemigo a varones tan santos y píos y sufridores de adversidades.

-
1. Filip., 3, 1.
 2. Jer., 15.
 3. Job., 2, 4.
 4. Mt., 5, 20.
 5. Filip, 1, 23.24.
 6. I Cor., 5, 5.
 7. Ibid., 11, 27.
 8. Ibid. V. 31 y 32.
 9. I Tim., 5, 23.
 10. 2 Cor., 12,7.
 11. 2 Cor., 5,8.

CARTA V

Fue escrita, según se cree, el año 406. Comienza diciéndole que no le apenen los nuevos y mayores asaltos del enemigo, pues son señal de que antes le ha hecho morder el polvo, como sucedió con Job, a quien acometió más furiosamente y con nuevas máquinas al verse vencido.

Las tentaciones y adversidades aumentan la fortaleza del alma. Trae los dos símiles de los árboles expuestos a los rigores del calor y del frío y a los huracanes, y de los marinos largo tiempo curtidos en multitud de borrascas y marejadas.

Los mismos repetidos asaltos de los adversarios nos han inmunizado de modo que ya todas sus máquinas nos dejan en suma paz y serenidad, como si fueran juegos de niños.

¡Cuán gran cosa es la virtud y el desprecio de todo lo perecedero!

Vanidad de las mundanas dichas, que no son más que humo y telas de araña. La virtud, mientras más combatida es, más brilla.

Los perversos, aun en aquello en que les parece que vencen, son vencidos, y cuanto más se engríen, más muestran su vileza. Ejemplo de Caín (Gen., 4, 10). Inmensos premios de la paciencia por la infinita magnificencia del Dador. Alégrate, pues, etc.

En aumento van nuestros quebrantos; nuevos y más amplios estadios y mayores combates os aguardan; la furiosa ira de vuestros perseguidores levanta más y más altas sus llamas. Lo cual, lejos de atemorizaros y turbaros, debe aumentar vuestra alegría, haceros saltar de gozo y celebrar gran fiesta, ceñidas de diademas vuestras sienes. Pues si antes no hubieseis dado al diablo golpes mortales, no estaría esa fiera tan furiosa que intentase dar acometidas más terribles. Así es que el haber aumentado la intensidad de sus ataques e insultos y el dar mayores muestras de osadía y derramar más su veneno señal es inequívoca de la tremenda derrota que le causasteis y de vuestro gran valor y señalada victoria. Lo mismo hizo con el santo Job: al verse derrotado por éste, cuando le arrebató los bienes y los hijos, sintiendo vivamente estas hondas heridas, recurrió al mayor artificio, al ataque a su mismo cuerpo, al manantial de los gusanos, al empedrado de úlceras; empedrado, digo, y ramillete de triunfos y victorias. Mas no paró aquí, sino que, no quedándole ya ninguna otra máquina de tanto alcance (pues creía que la enfermedad que le había causado era el summum de las calamidades), ¿qué hace? Arma contra él a su mujer, estimula a sus amigos e irrita y enfurece a sus mismos criados, exacerbando de mil maneras sus heridas. Eso es lo que intenta ahora, pero más pierde, porque lo que de aquí saca son vuestras sublimes y espléndidas victorias, que resplandecen más de día en día; así lo hacéis cada día más rica, es más copioso el fruto y a la continua allegáis más espléndidas coronas; y, mediante las mismas amarguras, aumenta vuestra fortaleza, y sus agresiones acrisolan y avaloran más vuestra paciencia, porque tal es la naturaleza de la tribulación, que a los que la sufren con ánimo esforzado y tranquilo los hace superiores a las adversidades y, sublimándolos sobre los tiros del diablo, los enseña a despreciar sus tentaciones y sus lazos.

También los árboles plantados en la umbría se crían más tiernos y raquíticos y son menos fértiles, al paso que los que están expuestos a las variaciones del tiempo, a los rigores del invierno y a los abrasadores rayos del sol y a la violencia de los huracanes se hacen frondosos y robustos y se encorvan con la abundancia de sus frutos.

En el mar ocurre cosa semejante a los que por primera vez navegan; aunque sean de suyo valerosos, a causa de su inexperiencia, se turban, se alborotan, se marean; en cambio, los que han recorrido muchos mares y pasado muchas borrascas, arrecifes, bajíos, escollos, acometidas de monstruos marinos, ataques de salteadores y piratas y

continuas tempestades, van en su barco más confiados y tranquilos que los que andan por la tierra, se sienten lo mismo en los costados del barco que en el interior de sus camarotes y pasean y saltan tan tranquilos de la proa a la popa; y los que antes yacían acobardados a la vista de todos, ahora..., ahora escalan el palo mayor con suma ligereza, tiran de las maromas, izan las velas, manejan los remos y en un momento recorren de parte a parte la embarcación con la mayor facilidad y expedición.

No os turben, pues, los nuevos acaecimientos; que nuestros adversarios, sin pretenderlo, por supuesto, nos han proporcionado tal tranquilidad y tal calma, que ya todas sus acometidas son para nosotros juegos de niños, que no nos causan impresión alguna; pues, agotadas sus máquinas y municiones. ¿qué han conseguido? Quedar avergonzados y hechos la fábula e irrisión de todo el mundo y mirados como enemigos de la humanidad entera. Ese es el premio de los perseguidores y el resultado de todos sus ataques.

¡Oh, qué gran cosa es la virtud y el desprecio de lo perecedero! De la persecución saca medros y de los perseguidores coronas. Por medio de los mismos que maltratan brilla más esplendente, y por los que tratan de abatirla y humillarla hace a sus cultivadores más fuertes, más sublimes, inexpugnables e invencibles. No por medio de espadas y lanzas, no con murallas y trincheras, no con torres, no con dineros y tropas, sino con una voluntad firme y un ánimo inquebrantable, que vence y supera toda humana potencia.

2. Exhorta a la santa a pelear con fortaleza. Vanidad de las humanas dichas. Aplicándote, pues, todas estas alabanzas, ¡oh religiosísima señora mía!, tanto a ti como a todas tus compañeras en este gloriosísimo combate, procura animarlas y formar y amaestrar bien tu escuadrón, con lo cual te granjearás doble, triple y aun mucho más abundante corona de virtud, no sólo por tus propios padecimientos, sino por inducir a otras a sufrir esas mismas cosas, a sobrellevarlo todo de buen grado y despreciar las sombras, los sueños y ficciones, el humo y las frágiles telas de araña y el heno sujeto a la podredumbre. Que todo esto es la vanidad de la humana dicha y mucho más vil aún. Difícilmente encontrará nadie una imagen exacta de su vanidad. Y, sobre ser vana, a sus amadores, que tanto por ella se desviven, es perjudicialísima, y no sólo en la otra vida, sino ya en ésta y en los mismos días en que más felices se reputan ellos. Porque así como la

virtud precisamente cuando más combatida, más triunfa y florece y brilla, del mismo modo la perversidad y malicia, cuando más se levanta y se engríe, más muestra su vileza, ridiculez e impotencia.

Porque, ¿quién más desdichado que Caín aun en el momento mismo en que le parecía que había triunfado de su hermano y satisfecho aquella inicua y execrable ira que abrasaba su pecho? ¿Hubo jamás mancha tan negra como la de aquella execrable diestra que se creyó vencedora? ¿Qué aquella diestra, digo, que abrió la herida y trajo la muerte? ¿Qué cosa tan fea y tan desdichada como aquella lengua que tramó el engaño y tendió los lazos y aquellos miembros fraticidas? Porque su cuerpo entero sufría horroroso tormento, gimiendo y temblando sin cesar. ¡Oh singular novedad, oh admirable victoria, oh nuevo linaje de trofeo! El que había sido degollado y yacía exánime era celebrado y coronado, y el vencedor triunfante no sólo estaba sin corona, sino que padecía enormemente y estaba sufriendo un intolerable suplicio y un perpetuo tormento: el que había sido traspasado y muerto acusaba al que gozaba de movimiento y vida, y el que estaba mudo y sin palabra al que tenía fácil y expedito el uso de la lengua; más aún, no ya el muerto, sino su sangre, separada del cuerpo, daba voces al cielo¹. ¡Tanta es la fuerza del hombre virtuoso aun después de muerto, y tanta la miseria de los malos, aunque sigan gozando de la vida!

3. **Grandes premios de paciencia.** Ahora bien, si en el mismo combate son tan grandes los premios, figúrate cuánta será la recompensa, acabadas ya las luchas, cuando a los santos se les dé la paga y entren en posesión de aquellos bienes que sobrepujan toda ponderación. Porque finge las mayores molestias posibles; al fin, son inferidas por hombres y viles y nada como ellos, mientras que los premios los da Dios, y son tales como corresponde a la infinita munificencia del Dador.

Alégrate, pues, y regocíjate y adorna tus sienes con diademas, triunfando y hollando más los dardos enemigos que otros el lodo de las calles. Y procura darnos con gran frecuencia noticias de tu salud, a fin de que también por esta causa sea grande nuestro contento, pues sabes cuán grande gozo nos causa en esta soledad el tener buenas noticias tuyas. Adiós.

1. Gen., 4, 10.

CARTA VI

Escrita desde Cucuso el año 405. Describe gráficamente los horrores de su enfermedad pasada. Empieza diciendo: “Recién vuelto de las puertas de la muerte te escribo ésta, ya fuera de peligro”. Lo que le apenó mucho fue el gravísimo riesgo que corrió Olimpia en su enfermedad.

“Muy bien dices en la tuya, le dice, que las calamidades de esta vida son mera fábula y ficción, y salto de gozo al ver por esa frase tu excelso ánimo”.

Amplifica los brillantes ejemplos de la Santa, que con su valentía en aguantar tantos trabajos ha sido el muro y el sostén y un predicador perpetuo de la populosa ciudad de Constantinopla, y no saliendo a perorar por calles y plazas, sino desde su propio lecho. Símil de las grandes marejadas. Fortaleza y robustez de la virtud más que la de las armas, torres y murallas, que fallan muchas veces, dejando al descubierto a los que en ellas confiaban. Gala de la virtud, pues con las mismas injurias que le infieren quedan castigados sus injuriadores. Muchos, incluso sacerdotes, han caído, mientras ella no sólo está en pie, sino sirviendo de báculo y sostén a otros para que no caigan. Constancia de la Santa. Que los certámenes de la virtud no dependan de las fuerzas corporales, sino de los bríos y esfuerzos de la voluntad.

Admirables son, sobre todo en este punto, los que, viendo caer a su lado a otros muchos, permanecen firmes como la Santa. Si nuestra ausencia te acongoja, alégrate pensando en tus hazañas.

1. Describe gráficamente cuánto le apretó la enfermedad.

Recién vuelto de las puertas mismas de la muerte te escribo ésta, y me alegro, también por este motivo, que hayan llegado tus mensajeros cuando acababa de arribar al puerto, pues si hubieran llegado cuando estaba aún a merced de las olas y a la vista de los furiosos embates de la enfermedad, no me hubiera sido dado comunicarte alegrías en vez de tristezas. Porque unos días que han hecho más fríos que lo ordinario me han causado también a mi mayor frío de estómago. Peor he pasado estos dos últimos meses que los que en ellos han fenecido, pues sólo me quedaba vida para sufrir más y más males, que por todas partes me abrumaban. Todo era para mí horrible noche, lo mismo el amanecer que el mediodía. Días y días me he pasado amarrado al triste lecho, y por más que pensaba mi imaginación, dándole vueltas al asunto, no se me ocurría medio alguno de precaver el daño que el enorme frío me causaba, porque, a pesar de tener siempre el fuego encendido, aguantando una molestísima humareda, envuelto en mil mantas y sin atreverme a traspasar los umbrales de la casa, con todo, eran incomfortables los tormentos que sufría, porque tenía que sopor-tar frecuentes vómitos, jaquecas, desganas y perpetuos insomnios, pasándome de claro en claro noches y más noches.

Mas ¿para qué seguir molestándote con largas relaciones de desdichas? Ya cesaron todas. Pues, apenas vino la primavera y comenza-ron a soplar los ábregos, todo desapareció de suyo. Sin embargo, todavía estoy a severo régimen, cuidando mucho de no cargar el estómago para facilitar la digestión.

Lo que nos causó grandísimo afán fue el oír que tu enfermedad había llegado al último extremo. Bien sabes el grande amor que te profeso y el sumo cuidado y solicitud que me tomo por todas tus cosas. Pero, gracias a Dios, aun antes de recibir la tuya, me vi libre de este cuidado, porque llegaron muchos de ahí que nos aseguraron que gozabas ya de buena salud.

2. Las calamidades de la vida presente son mera fábula y ficción. Ahora pues, es mucho mayor mi gozo y mi alegría no sólo porque has escapado a la enfermedad y gozas ya buena salud, sino también al ver tu magnanimidad y valentía, pues a todas las cosas de este mundo llamas fábula y ficción, y hasta a la misma enfermedad le

das este nombre, lo cual es, ciertamente, de almas valerosas y grandes. Pues el sufrir con valor y fortaleza las molestias y las adversidades, y no sólo esto, sino ni sentir las siquiera cuando nos afligen, sino tenerlas por nada y alcanzar con la mayor facilidad la corona de la paciencia, como quien no hace nada y diciendo: esto no son trabajos, ni sudores, ni dificultades; sin dar a nadie quehacer ni molestia alguna, sino como jugando y saltando de alegría, esto es, ciertamente, clarísimo argumento de aventajadísima y perfectísima virtud y santidad. Por eso me alegro, y me regocijo, y salto de placer, y no siento ya la soledad, ni los trabajos, molestias y tribulaciones que me cercan, sino que rebose de gozo y salto de alegría y experimento suma complacencia por tu gran valor y tus innumerables triunfos y victorias, y esto no sólo por el gran bien y provecho tuyo, sino también por el de esa nobilísima y populosísima ciudad, de la que eres torre firmísima, muro y seguro puerto; dándole voces y proclamando elocuentísimamente la virtud a la faz de todo el mundo, y enseñando con tu insigne paciencia en sufrir calamidades a toda clase de personas a afrontar con prontitud y generosidad estos combates, y bajar a la arena con grande valentía, y aguantar animosos los trabajos y sudores que semejantes luchas ocasionan. Y, lo que es más de admirar, no lanzándote a las calles y plazas de la ciudad, sino en el retiro de tu pobre casa, y postrada en el lecho, animas a los que a ti acuden y los enardeces para tu lucha, y en medio de tan recia borrasca, en que las ondas tan pronto suben al cielo como abren profundos abismos; caminando entre escollos y latentes rocas y peñascos, amenazando por doquier truculentos monstruos en la mayor profundidad de tenebrosa noche; como si estuvieras en el más claro y tranquilo día y viento en popa, así navegas tú, desplegadas las velas de la paciencia, y tan lejos estás de sucumbir a tan furioso oleaje, que ni siquiera te salpica, y con razón, pues así con los seguros gobernalles de la virtud. Porque los comerciantes y navieros, los capitanes de navío, los pilotos, los marineros y remeros y toda la gente de mar, al ver los agrupados nubarrones, los vientos huracanados y el flujo y reflujo de las espumantes olas, se detienen en el puerto, y si la tempestad les coge en alta mar y se ven agitados y sacudidos por las rugientes olas, hacen todo lo posible por arribar a alguna costa, isla o ribera. Tú, en cambio, cuando mil contrarios vientos luchan entre sí y mil furiosas olas, y el mar, en lo más recio del temporal, desde los más hondos abismos se lanza a las alturas, y

unos se van al fondo, otros sobrenadan exánimes y van otros desnudos, asidos a una tabla salvadora, tú, repito, lanzándote animosa a un piélago de males, llamas juego, fábula y ficción a todas estas cosas y navegas prósperamente en medio de la más deshecha tempestad; y no es extraño, porque un capitán de navío, por más perito que sea, no presume tanto de su ciencia que confíe vencer siempre la furia de la tempestad, y por eso rehuye muchas veces la lucha con las olas. Mas tú posees una ciencia superior a toda borrasca: la fortaleza y robustez de tu virtud, que es más valiente y poderosa que todas las armas y más segura que todas las torres y murallas. Porque a los guerreros las armas, castillos y murallas los defienden y protegen sus cuerpos, y no siempre, porque todos esos medios faltan muchas veces, dejando al descubierto e indefensos a los que en ellos ponían su confianza. Tus armas, en cambio, han vencido y superado no los dardos de los bárbaros, no las máquinas de los enemigos ni sus ataques y estratagemas, sino que has postrado las mismas necesidades naturales, venciendo su tiranía y echando por tierra sus castillos roqueros y sus fortalezas torreadas, y luchando sin cesar con los demonios has alcanzado mil victorias sin recibir herida alguna, sino que, en medio de una nube de flechas, saliste siempre incólume, resurgiendo contra tus mismos enemigos los dardos que contra ti arrojaban.

Porque ésta es la gala de la virtud, que con las mismas injurias que te infieren quedan los injuriadores castigados, y con las mismas celadas que tus enemigos te arman quedan ellos confundidos y burlados; y de su misma perversidad y malicia vienes a sacar tú copiosa mies de merecimientos y de gloria. Y como tienes cierta ciencia y experiencia de estas cosas, no sin razón las llamas ficción y mera fábula. Y ¿por qué no has de darles ese nombre tú, que viviendo en un cuerpo normal, tienes en tan poco la muerte como el peregrino que, abandonando extrañas tierras, se apresura a regresar a su querida patria; tú, que, a pesar de hallarte de acerbísima enfermedad tan aquejada, vives dichosísima, como si gozaras completa salud en un cuerpo robusto y vigoroso, sin que las afrentas te abatan ni te engrían las honras, cosa que a muchos ha sido causa de innumerables males, porque, siendo sacerdotes y habiendo ejercitado hasta muy avanzada edad su santo ministerio, tropezaron, al fin, y cayeron, dejando a todos notable motivo de escarmiento? Tú, en cambio, siendo mujer y de delicada complexión, y habiendo tenido que aguantar tantos emba-

tes, no sólo no has caído, sino que has sido báculo y sostén a muchos para que no cayesen.

Y cuenta que aquellos no fueron derribados al cabo de mucho batallar, sino en los mismos preludios de la lucha y al salir, por decirlo así, por las puertas mismas del encierro, mientras que tú, por el contrario, has dado mil vueltas al estadio hasta la última meta, alcanzando otras tantas palmas en cien y cien linajes de combates tan diversos. Y con justicia, que *no dependen de la edad ni de las fuerzas corporales los certámenes de la virtud y sus victorias, sino de los bríos y esfuerzos de la voluntad*. Así que muchas veces han ganado las mujeres las coronas, quedando vencidos los varones, y al paso que los niños fueron de todos celebrados y ensalzados, quedaron los viejos rojos de vergüenza y de ignominia.

Dignos fueron siempre de admiración los seguidores de la virtud; pero principalmente cuando, viendo que muchos la abandonan, la abrazan ellos con valor y constancia.

También por esta causa eres muy digna de admiración y de alabanza, pues vemos que tantos hombres y mujeres y tantos ancianos han vuelto las espaldas y yacen postrados a vista de todos, y no es que cedieron a la violencia del ataque después de largo batallar, sino que cayeron antes del combate, desbaratados y desechos antes de la lucha; tú, en cambio, después de tantas batallas y peleas, no sólo no has experimentado debilidad ni quebranto alguno, sino que has salido de ellas más valiente y vigorosa y, al paso que aumentaron las batallas, ha crecido también tu brío y tu valor. Porque el recuerdo de las hazañas realizadas, a la vez que de gozo y alegría, debe llenarte de nuevo ánimo y de mayor aliento para alcanzar nuevos trofeos. Y por eso nos gozamos, por eso saltamos de alegría y regocijo, porque no he de dejar de repetirlo y de pasear en triunfo por doquier este fundamento de mi gozo.

Dices que nuestra ausencia te acongoja. A mano tienes una fuente inagotable de consuelo con sólo pensar en tus hazañas y victorias. Pues aún nosotros, a pesar de estar de ti por tan grandes distancias separados, sentimos gran consolación al considerar tu gran magnanimidad y valentía.

CARTA VII

Escribióla en Cucuso el año 405. Insignes trofeos erigidos por la santa con sus victorias. Símil de la palestra y el estadio. Guirnalda de violetas merecidas por su humildad. Provecho de las tentaciones. No es razón desalentarse; antes debía alegrarse estando alcanzando tantas coronas. Mas si te empeñas, le dice, en llorar, llora la miseria de los injuriadores, que se parecen a los frenéticos que hieren y golpean a sus bienhechores, sin darse cuenta del furor que los domina. Mas no pueden escapar al torcedor de su conciencia. Ejemplo de los hermanos de José (Gen., 37, 20; 42, 12). y de Judas (Mat., 26, 15; 27,4). La conciencia torcedor del pecador; los pecadores dignos de lástima. El vicio, muerte del alma. Opuesta condición de la bondad y la malicia; aquella, siempre triunfante, ésta, siempre derrotada, y en el mismo pecado lleva la penitencia (Rom., I, 26, 27). El pecador se hace semejante a los brutos; se hace perro (Is., 56, 10), corneja (Jerem, 3,2 según los Setentas), jumento (Salm., 48.13), víbora (Mat., 3, 7). La virtud, en cambio, aun antes del juicio de Dios, tiene sus premios. Símil del placer que experimenta el cuerpo sano. Por eso San Pablo decía: "Gózome de padecer por vosotros" (Col., I, 24); y los Apóstoles saltaban de alegría por haber padecido injurias y afrentas por el nombre de Jesús (Act., 5, 41). Salomón (Eccl., 4,1) Delicia del padecer (Mat., 5, II, 12). Los injuriadores sí que fuera justo que llorasen Elogio de la paciencia.

I. Insignes trofeos erigidos por la santa con sus victorias.
¿Qué dices, ¿Qué no has levantado trofeos? ¿Qué no has conseguido victorias? ¿Qué no has ganado guiraldas de eterno verdor? Pues no lo está diciendo el mundo entero, que pregona tus triunfos por doquier. Porque, dado que las palabras y certámenes en un solo sitio se celebran, y en él han sido tus carreras y tus luchas bañadas no de sudor, sino de sangre, las glorias, sin embargo, y la alabanza de tus triunfos ha llegado hasta el último confín.

Tú, empero, queriendo aún acrecentarlos y engarzar coronas a coronas, has querido añadirles también ahora la guirnalda de violetas que teje tu humildad al decirnos que distan tanto de esos trofeos como los muertos de los vivos. Porque estas palabras hijas son de tu humildad, como lo están diciendo los sucesos acaecidos. De tu patria te han arrojado, de tu casa, de tus amigos y parientes, y te han enviado al destierro; cada día morías, y lo que a la naturaleza faltaba suplíalo tu magnanimidad, pues siendo imposible al hombre morir muchas veces, tú, con tu ánimo y tu voluntad, lo has conseguido, y lo que a todo pone el colmo, estando sufriendo unas cruces y aguardando otras mayores, nunca has cesado de pregonar la gloria de Dios, por cuya ordenación se hacía todo, causando con esto al diablo mortales heridas. Pues que los golpes que de ti ha recibido hayan sido mortales, bien lo dicen sus acometidas posteriores, pues, empuñando más terribles armas, te ha causado heridas más atroces. Porque al modo que el escorpión y la serpiente, cuando reciben una profunda herida, enarbolando su aguijón, se lanzan con más ímpetu contra su adversario, causándole el más acerbo dolor como indicio de su furiosa ira, así también esta cruel ira fiera, al sentirse traspasada de parte a parte por tu admirable y sublime alma, te ataca ahora con más furia y con más repetidos y terribles asaltos. Porque de él vienen, no de Dios, estas tentaciones, aunque las permite la bondad divina para aumentar tus riquezas y tesoros, acrecentando tus lucros y ganancias y preparándote allí arriba más ricos premios y más amplios galardones.

Por tanto, no hay por qué inquietarse y turbarse. Pues ¿quién se desalentó jamás estando nadando en riquezas y comodidades? ¿A quién sirvió de confusión el subir a las más altas dignidades? Pues si los mundanos que tanto ansían y acumulan esas cosas caducas, más vanas e inconscientes que las sombras, y que se marchitan más pronto